

AMALGAMA | Juan Ezequiel Morales

¡VIVA PISÍSTRATO!

Los políticos actuales se están pasando sobradamente de la raya, y hablan de “democracia” para convencernos de que callemos reverentemente. Tenemos sólo presente que la osadía de tal caterva de desfachados llega a términos como los de que el último invento es el reparto de casi mil millones de euros a pagar por el Gobierno Canario por el concepto ubícuo denominado “lucro cesante”. Es el caso Tebeto, por ejemplo, en el que unos políticos y funcionarios se dejan ir, el inversor solicita sus derechos de “lucro cesante” a los tribunales, y éstos, basados en un peritaje, valoran la montaña en cien millones de euros, y dictan que hay que pagarlos. Otro perito ha dicho que en vez de cien es uno, pero da igual, la suma de despropósitos emborracha al ciudadano que sólo sabe a ciencia cierta que sus impuestos son para pagar cien. Un político se atreve a decir que queda feo, además, que el juez ponente de dicha sentencia es vicepresidente del mismo club deportivo del que es presidente el inversor que ob-



Es el caso Tebeto en el que políticos y funcionarios se dejan ir, el inversor solicita sus derechos de “lucro cesante” a los tribunales, y éstos, basados en un peritaje, valoran la montaña en cien millones de euros, y dictan que hay que pagarlos

tiene la sentencia favorable en este contexto, pero la judicatura en peso sale a decir que dudar de eso no es legítimo. Imaginamos que lo dicen porque no es “democrático”. El resto de las indemnizaciones hasta llegar casi a 100.000 millones de pesetas, lo son por la denegación de construcción por moratoria turística, con lo que estamos pagando el beneficio de negocios incluyendo que se les supone que ganan en un escenario de crisis como el actual, no se les considera riesgo comercial: directamente cobran por no trabajar y no les afectan los ciclos económicos. Esto se arreglaría muy fácil, cobrando un impuesto del 95% por toda plusvalía conseguida de esta forma (co-

mo hizo Obama con los bonus de los banqueros) con lo que el dinero revertería al estado, pero claro, es la democracia: en la democracia ateniense el poder soberano quedó en manos de la eclesía, las magistraturas ejecutivas y judiciales se llenaron por sorteo entre los ciudadanos sin exclusión de clases, de modo que ningún ciudadano dejaría de ocupar varias magistraturas en el curso de su vida gracias a un sistema de rotación. Uno de cada cuatro ciudadanos ocupaba un puesto público por año: alrededor de 8.500, de un total aproximado de 38.000. Pericles dispuso que solamente podían serlo los hijos de los atenienses, y no las mujeres, los esclavos, ni los extranje-

ros. Entre 200.000 habitantes, había 38.000 ciudadanos. Eso es la “democracia”. En *Falacias de la Democracia*, Ángel Cappelletti, filósofo, dice: “la democracia representativa implica en su propio concepto una grave falacia. ¿Cómo se puede decir que el diputado o el presidente que yo elijo represente mi voluntad, cuando dura en su cargo cuatro o cinco años y mi voluntad varía, sin duda alguna, de año en año, de mes en mes, de hora en hora, de minuto a minuto? Afirmar tal cosa equivale a congelar el libre albedrío de cada ciudadano en un instante inmutable y negar al hombre su condición de ser pensante por un cuatrienio o un quinquenio. No hay falacia más ridícula que la del mandatario que afirma que la mayoría lo apoya porque hace cuatro años lo votó”. Inversores, peritos del lucro cesante, políticos y jueces: está bien que nos dicten qué es lo democrático, pero no pretendan entrar en nuestras cabezas haciéndonos reverenciar el engaño. ¡Venga ya! ¡Viva Pisístrato!

¡Inversores, peritos del lucro cesante, políticos y jueces: está bien que nos dicten qué es lo democrático, pero no pretendan entrar en nuestras cabezas haciéndonos reverenciar el engaño. ¡Venga ya! ¡Viva Pisístrato!

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS | Antonio Bordón

DEL AMOR Y OTROS TRENES



Elizabeth Smart. | LA PROVINCIA/DLP

Últimamente vienen oyéndose voces ilustres que afirman que la “auténtica” literatura de hoy es aquella en la que se advinan referencias al cine independiente norteamericano, a la historia del collage, al arte conceptual, a la arquitectura pragmática, a la evolución de los PC y la Biblia en pasta, y ponen como ejemplo *Nocilla Dream*, *Nocilla Experience* o *Nocilla Lab*, de Agustín Fernández Mallo. Entonces qué hacer con obras sencillas y francas como *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart, que acaba de recuperar felizmente la editorial Periférica en la traducción que realizó Laura

Freixas para el sello Lumen hace doce años. No conviene perder el norte: si hay una novela que merezca el calificativo de auténtica es esta novela autobiográfica, sobrada de aciertos y poesía a raudales.

En ‘Grand Central Station’ me senté y lloré, digámoslo ya, es una novela deliciosa. Elegante, sutil, poética, apasionada. La protagonista es la propia autora, nacida en una de las familias más prominentes de Ottawa, Canadá. Cuando la historia comienza tiene 24 años y vive en Londres. La joven Smart se tropieza en una librería de Charing Cross con un libro de poemas de George Barker, se ena-

Próximo prójimo

El listón de un artista no lo establece la coyuntura, los cantantes del momento ni la salud de sus coetáneos sino su propia trayectoria, y en los últimos años Michael Jackson había ido reduciendo sus apariciones, limitando, así, las posibilidades de impacto de sus nuevas obras. Hasta tal punto, y eso es lo más triste, que ya nadie se lo tomaba en serio, tras las numerosas acusaciones de abusos a menores y su adición al demerol. Ahora su muerte ha venido a poner de nuevo las cosas en su sitio. La magia y la locura es el epígrafe que Randy J. Taraborrelli ha puesto al frente de la biografía de Michael Jackson que en los próximos días publicará Alba Editorial. Taraborrelli nos presenta a una estrella infantil que sueña con triunfar mucho antes de hacerlo con sus hermanos Tito, Jackie, Jermaine y Marion, los Jackson Five. En once capítulos vemos la vida del pequeño Michael ya golpeado por su padre, las horas de ensayos en casa, así como las noches cantando en cualquier lugar y la búsqueda de una oportunidad en la firma de un contrato con la mítica Motown. Un Michael que da paso a la adolescencia en compañía de otra estrella de la música, Diana Ross, así como el alejamiento de los Jackson, las primeras cirugías y el cambio de fisonomía que le convertiría en una caricatura de sí mismo. Un libro que ayuda a demeritar el duro hiel de la ausencia.

mora de su voz literaria y decide buscarle, amarle y tener un puñado de hijos con él. Al poco, descubre que trabaja como profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Tohoku, en Japón, donde vive con su mujer. Pero Smart no desiste de su empeño. Hay brillantes páginas consagradas a escarbar en las entrañas de su pasión: “Estoy ciega, mas fue la sangre, no el amor, lo que cegó mis ojos. El amor alzó el arma y guió mi crimen”.

Aun siendo un tema explotado en abundancia, no es frecuente encontrar una novela de amor que nos proporcione el escalofrío que nos proporciona la entrega amorosa de Smart. En *Grand Central Station me senté y lloré* el amor lo ocupa todo: “Aunque esto es todo lo que hay, aunque es lo único y vulnerable, aunque pueden atacarlo, aunque puede morir, aunque no es más que una palabra mendiga frente a las altísimas finanzas, a pesar de todo, no es escaso: es suficiente. [...] Lo acepto sin mañana y sin ningún lirio de promesa. Es lo suficiente, es lo ahora, y aunque llega sin nada, me lo da todo”.

Estaría bien que, al igual que ocurrió con el hallazgo del manuscrito perdido de Irène Némirovsky *Suite francesa*, imbuido también de un claro componente autobiográfico, la publicación de *En Grand Central Station me senté y lloré* fuese el principio de una gran amistad entre los lectores españoles y la novelista canadiense, de la que Periférica publicará próximamente otra estupenda novela, *The Assumption of the Rogues and Rascals*. Y estaría bien que además publicasen *The Dead Seagull (La gaviota muerta)*, novela autobiográfica en la que George Barker narra a su vez su relación amorosa con Smart. Llenar vacíos, como la ausencia de traducciones de autores importantes como Smart o Gordon Lish –del que Periférica acaba de publicar *Perú*–, es una tarea que se agradece frente a la vana producción de novelas modernas que revelan casi siempre la misma pobreza conceptual tanto acerca de la modernidad como de la ficción.